5 Creer: Identidad en Cristo

**Rick Brown**

**ChristBridge Fellowship (sin denominación)**

**Tomball, Texas**

**21 de septiembre de 2014**

Zak Ebrahim salió al círculo rojo del escenario de TED Talk. Comenzó contando la historia de El-Sayyid Nosair.[[1]](#footnote-1) Quizá reconozcas el nombre. Osama Bin Laden urgió al mundo a recordar a Nosair en uno de sus infames videos.

Con voz calmada y firme, Zak volvió a contar cómo el 5 de noviembre de 1990 Nosair entró en el salón de un hotel en Manhattan y disparó y mató al Rabino Meir Kahane. Kahane era el líder de la liga de la defensa judía y acababa de urgir a los judíos estadounidenses a regresar a Israel antes de que fuera demasiado tarde.

Originalmente absuelto del crimen, Nosair fue puesto en prisión por delito de armas. Recibió el máximo de veintidós años convicto de armas. Mientras estaba en prisión, él juntamente con otros, planearon ataques en lugares clave de la ciudad de Nueva York como túneles, sinagogas y las oficinas centrales de los Naciones Unidas. Un informador del FBI frustró esos planes pero no pudo detener el bombardeo de las Torres Gemelas en 1993.

La audiencia de TED fue educada y escuchó con atención cuando Zak comenzó a contar la historia de Nosair. Pero el ambiente en la sala cambió instantáneamente cuando Zak dijo: «El-Sayyid Nosair es mi padre». Zak tenía sólo siete años cuando se produjo el bombardeo. Su padre le estaba adiestrando para el terrorismo a él también.

Quizá tú no seas el hijo o la hija de un terrorista, pero te has aterrado. Te ha aterrado una voz que te dice quién eres. «Tú…:

* …no eres suficientemente bueno».
* …no eres suficientemente inteligente».
* …no eres suficientemente guapa o atractivo».
* …no eres suficientemente atlético».
* …no eres suficientemente exitoso».

Escucha esa voz el tiempo suficiente, y tu identidad se formará en ti en base a ello. Finalmente creerás que no eres suficiente. Las voces que oímos que moldean nuestra identidad comienzan temprano en la vida.

El primer lugar es nuestra ***familia de origen***. Aprendes rápidamente si eres amado por la forma en que tus padres y hermanos te tratan y te hablan. Te vas pensando: «Soy querido» o algo menos como «No soy válido». Aprendes que eres querido por quién eres o aprendes que eres querido por lo que haces. Después pasas tu vida buscando amor en base a esa identidad.

Después la ***sociedad*** te dirá quién eres. Mira las portadas de las revistas GQ o Glamour y ve si en algún lugar de tu interior no dices: «Mis abdominales no son suficientemente firmes». «Mis dientes no están suficientemente alineados». La sociedad dice que somos valiosos por nuestro aspecto. Por fortuna, mi esposa Karen me ha ayudado mucho. Estábamos en el gimnasio. Ella me estaba mirando mientras yo levantaba mis 135 libras (60 kilos). (¿Por qué se ríen?). Ese día Ted Johnson, que jugaba en los Patriots de Nueva Inglaterra y que ganó tres anillos de Super Bowl con ellos, estaba allí entrenando. Ella continuaba mirándole. Le miraba a él, después a mí, e hizo eso varias veces.

Finalmente dije: «¿Podrías dejar de compararme con él? Me hace sentir mal». A lo que ella respondió: «Oh, no te preocupes, Rick. Nunca me han atraído los hombres corpulentos». Creo que había algo de ánimo en eso. Aún lo estoy buscando.

Y después está la ***escuela***. Ya sea la escuela primaria o el instituto, nuestra identidad se forma rápidamente. Nuestras calificaciones son mediocres, así que nos convertimos en personas «mediocres». Tus sentimientos son heridos muchas veces y te etiquetan de «sensible». Pierdes los nervios y te conviertes en el «impulsivo». Respondes todas las preguntas y se conviertes en «el sabelotodo». Llegas tarde y se te olvidan las promesas y te conviertes en un «irresponsable». Usas el humor para desinflar tus propias inseguridades y te conviertes en el «cómico». No te invitan y eres el «indeseado».

Esas marcas de identidad se pegan. Y es ahí donde el tercer lugar desde donde oímos nuestra identidad nos ataca. ***Satanás***. Claro, él te dice quién eres. Y lo grave que hace es que toma lo que tú hayas aceptado como tu identidad y lo intensifica.

Cometes un error y te etiqueta mediante algún pecado: adúltero, ladrón, mentiroso, adicto a la pornografía, alcohólico. O en general: «Soy un pecador». Así que haces lo que puedes para vivir dentro de esa identidad.

Te ves a ti mismo excluido y solo, y él te etiqueta de «no amado». No amado por la gente. Y después te hace creer que ni siquiera Dios te ama.

Él tomará cualquier hueso que le lancemos y lo usará en nuestra contra porque esa es su identidad. La Escritura lo llama el «acusador». Eso es lo que hace y lo que es, y ha tenido mucho tiempo para practicarlo. El problema es que nosotros empezamos a creernos sus acusaciones.

Por fortuna para nosotros, tenemos un abogado. Juan escribe: «Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo» (1 Juan 2.1). Tú no puedes hacer frente a las acusaciones de Satanás por ti mismo. Por eso necesitas un abogado. La palabra en griego significa un «defensor» o un «abogado de la defensa».

Tú y yo estamos a la defensiva debido a quién dice el adversario que somos. Estamos a la defensiva por las identidades que hemos aceptado durante los años. Nos aterran y derrotan. Satanás toma un pecado que cometemos e intenta arrojarnos delante de la corte de justicia de Dios. Y para ser honestos, sin Cristo estamos indefensos. Es un caso fácil para el acusador.

Pero entra el Abogado y dice: «Esta persona no es eso». Y comienza a exponer su caso. Verás, en Cristo no somos quienes éramos antes. Gracias a Cristo somos una **Nueva Creación**. Pablo escribe esto a la iglesia en Corinto: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2 Corintios 5.17).

«Pasado» lleva consigo la idea de «avanzar y pasar junto a algo». Imagina ir conduciendo por la carretera de los marcadores de tu identidad. Ves el que se llama «mediocre». En el pasado te detendrías y te lo pondrías, pero ahora pasas de largo. No es quien tú eres.

O quizá eres una mujer que ha sido víctima de abuso doméstico. El marcador que ves es el que dice «yo soy el problema», y antes solías tomarlo. Piensas que hay algo que hiciste o dijiste que causó el problema. Pero ahora, como nueva creación, pasas de largo. Y no tienes que aceptarlo y llevar más tiempo esa carga. Ahora sabes que nunca fue verdad, para empezar. Y ya estás viendo algo nuevo en tu vida gracias a Cristo.

Eso es lo que significa «ha llegado ya lo nuevo». Hay algo «empezando a existir, haciéndose». Es un nuevo tú que está libre de las acusaciones del Acusador y otros en tu vida.

Y eso es algo poderoso en nosotros que a veces es difícil de pasar de largo. Necesitamos ayuda durante el camino. Así que no sólo somos una nueva creación, sino que se nos ha dado un **Nuevo Padre y una Nueva Familia**. El orden es crucial. Somos modelados muy profundamente por nuestra familia de origen. Nuestros padres y familiares, para bien o para mal, contribuyen a nuestra identidad.

Juan lo entendió. Nosotros no sabemos mucho acerca de su familia, pero sí sabemos que él y su hermano Santiago tenían una etiqueta: «Hijos del trueno». Intuyo que tenían un carácter bastante fuerte por algo. Quizá su padre manejaba las situaciones enojándose y ese enojo hacía que otros retrocedieran. Quizá fue ahí donde lo aprendieron. Y por eso eran agresivos y querían sentarse a la izquierda y derecha de Jesús cuando estableciera su reino.

Pensaban que el reino sería en la tierra, quizá pensando que Jesús derrocaría al César de su trono y dejaría que ellos dos le ayudaran a gobernar el mundo conocido. Las cosas no salieron como ellos planeaban, y algo cambió. Juan se convirtió en «aquel a quien Jesús amaba». El enojo que venía de su crianza como una forma de tratar lo que había ocurrido a su alrededor se convirtió en amor.

El cambio vino de Dios. Juan escribió: «¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos!» (1 Juan 3.1). Esa es tu identidad y la mía: hijos de Dios. Como somos sus hijos, tenemos que dejar que Dios nos reeduque como nuestro Padre.

Un amigo mío se mudó al área de Montrose en Houston hace unos cuantos años con la meta de ayudar a jóvenes a ser más saludables en la vida. Él y su esposa se hicieron cargo de varios jóvenes en su casa y les ayudaron a pasar de la disfunción a la salud. Él lo llama «re-educación».

Al margen de si tú te criaste en un hogar saludable o en un hogar horrible, parte de lo que recibiste estaba vacío (1 Pedro 1.18). No pretendo culpar con esto a tu familia. Trato de ayudarte a ver que eso es lo que eras, pero ahora, con un nuevo Padre, tienes que aprender nuevas formas de vivir la vida.

Para ayudarte en ese aprendizaje tienes una nueva familia. «Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios…» (Efesios 2.19). «Familia» se usa tres veces en el Nuevo Testamento y se refiere a un vínculo especial que es íntimo y que está relacionado con la sangre. En este caso no es la sangre biológica lo que nos vincula como familia. Es la sangre de Cristo.

Y así como nuestra familia biológica, esta familia tiene sus propios dolores de crianza. No siempre es perfecto, y a veces es un engorro. Pero el diseño es que todos empezamos a parecernos a nuestro Padre. Nos ayudamos unos a otros a crecer en su semejanza. Miramos al Hijo, Jesús, y aprendemos de Él.

Siempre estaremos conectados a nuestras familias biológicas. Para algunos, eso es algo bueno. Otros han intentado dejar atrás la familia. Pero la buena noticia es que tienes una nueva familia. Esta es ahora tu identidad. Eres un hijo de Dios y parte de su familia.

En esta nueva familia tienes un **Nuevo Nombre**. Dar nombres nuevos cuando hubo un acto de Dios no es algo nuevo en las Escrituras. Abram se convirtió en Abraham. Sarai se convirtió en Sara. Jacob se convirtió en Israel. Simón en Cefas. Saulo en Pablo. Así que no es de extrañar que nosotros recibamos un nuevo nombre cuando acudimos a Cristo. El profeta lo profetizó: «…recibirás un nombre nuevo, que el Señor mismo te dará» (Isaías 62.2).

Los nombres son importantes. Son parte de nuestra identidad. Una vez al inicio de mi sexto curso, mi maestra me llamó «Richard». Yo le corregí tranquilamente y dije: «Es Rick». Ella me corrigió, diciendo: «No, realmente es Richard y tus padres te llaman Rick como abreviatura». Yo dije: «No, señorita. Ellos me dijeron que sabían que me llamarían Rick, así que decidieron que así es como me pondrían de nombre».

Ella no se resistía. Yo me rendí. Ella me llamó Richard durante todo el año. Y me molestaba porque ese no era mi nombre.

Sea cual sea el nombre que hayas oído en tu cabeza acerca de quién eres, el que el Acusador sigue llamándote, no es quien tú eres. Ese no es tu nombre. Cuando te conviertes en una nueva creación y tienes un nuevo Padre y una nueva familia, recibes un nuevo nombre. Es muy importante que entiendas esto. Lo que ocurre cuando vienes a Cristo es que el Acusador quiere que sigas siendo quien él sigue diciendo que eres. Y diga lo que diga que eres, se resume en la palabra «pecador». Él quiere que te veas como un pecador que siempre está dudando del amor del Padre.

Pablo no aceptaba eso ni por un instante. En uno de los versículos más fuertes de la Biblia, él escribe: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Romanos 8.1). Observa que no dice que sólo hay «algo de condenación». No dice que «habrá condenación si vuelves a pecar». Dice que «ya no hay ninguna condenación».

«Ninguna condenación». No acusaciones. No falsa identidad. Una nueva creación. Un nuevo Padre y familia. Un nuevo nombre.

Zak tomó un nuevo nombre. Su familia adoptó una nueva identidad. Se creó una nueva vida para ellos al dejar que su conexión con Nosair pasara. Ahora está hablando acerca del viaje de la vida. Él quería apartarse de la etiqueta de terrorista que había heredado para tener una nueva basada en el amor.

Tu nombre también ha cambiado. ¿Quieres saber cuál es? Prueba el de «en Cristo Jesús» y ve cómo te queda. Satanás no puede encontrar nada de lo que acusar a Cristo. Y como tú estás «en Cristo», no puede traer nada contra ti tampoco.

Creo que soy importante por mi posición como hijo de Dios. ¿Y tú? No eres quien solías ser. Eres aquel en quien te estás convirtiendo en Cristo.

Ahora sal y vive como Él lo haría.

1. http://www.ted.com/talks/zak\_ebrahim\_i\_am\_the\_son\_of\_a\_terrorist\_here\_s\_how\_i\_chose\_peace [↑](#footnote-ref-1)